

DOS FORMAS DE LA INFIDELIDAD

por
WASHINGTON LOCKHART

Nuestra calidad de mestizos suele manifestarse en las formas más intempestivas. Estalla a veces en una devoción abrupta e incondicional ante las novedades que nos concede la venerada cultura occidental, para refugiarse en otras en una seráfica complacencia ante nuestras más inverosímiles virtudes. Entre esas dos posiciones, pueden improvisarse las posturas más variables; pero en todas ellas se sigue transparentando, mezcladas pero no combinadas, esas dos tentaciones, ese doble desenfreno de nuestra extrema conciencia adolescente.

El vicio original reside sin duda alguna en encarar y plantear nuestra situación en base a experiencias que la desconocen o soslayan. Un grave olvido de lo que somos y de lo que fuimos, y una amenaza latente para la frágil autenticidad de lo que podamos ser en un mañana que nada garantiza.

Sin el propósito de intentar ahora deslindes y puntualizaciones que exigirían minuciosas cautelas, se nos ocurre útil glosar dos ejemplos recentísimos de esos frecuentados extremos de nuestro vaivén crítico; dos ejemplos entre tantos, más ilustrativos quizá que significativos, pero que servirán empero para fortificar nuestra prudencia y para desbrozar algo un camino que cuenta ya, de por sí, con naturales y no desdeñables amenazas.

Sírvanos primero el de un joven poeta conterráneo, Ricardo Paseyro, quien nos asestara hace poco en las páginas de "Marcha" una encandilada "visión actual del destino de Europa". Conocemos a Paseyro lo suficiente como para perdonarle sus ocasionales excesos; hemos tenido el gusto de comprobar, no hace mucho, que es capaz de retribuir, llegado el caso, pedradas con poesías, y ambas cosas, por cierto, dignas de consideración dentro de sus géneros respectivos. Por eso lamentamos que sea precisamente él quien

resulte ahora protagonista de un deslíz ejemplar.

Luego de afirmar que quien no crea hoy en Europa (reducida extrañamente a Inglaterra, Francia, Italia y Austria) “sólo tendría razones para desesperar”, emprende Paseyro una apasionada defensa de Francia, país que, según afirma “sigue siendo el más inteligente del mundo (...); el único país del mundo que incluso en su vida práctica se rige por valores trascendentes. (...) Los políticos gobiernan apenas el inmediato vivir cotidiano; (...) el alma profunda de Francia la orientan hoy, como siempre, sus artistas, sus poetas, sus filósofos”. Luego de poner como ejemplo cimero los cuadros de Picasso, agrega: “Por su respeto santo a lo esencial, por su amor hondo, impar, a las cosas bellas y fundamentales, Francia es además un país grande, un país moral, profundamente moral, eminentemente moral”. “La más bella, la más estupenda lección de mi vida (fué la unánime protesta de los franceses) ante la ejecución de los Rosenberg”. Luego de enseñar un artículo de “Le Monde” que considera ejemplar, termina recordándonos que “la tragedia del sudamericano es no comprender que la luz, en general, viene de Europa, y que la luz sudamericana es, salvo excepciones, sólo una luz refleja”.

Podríamos colaborar con Paseyro, aunque sin su deflagrante entusiasmo, en un novísimo redescubrimiento de la “inteligencia” francesa; no somos, de ningún modo, insensibles a sus encantos; pero preferimos por el momento, fieles a nuestro oficio de serviles espejos, reflejar algunos de los más confirmados resplandores que nos llegan de donde nos llega “la luz en general”. Simultáneamente con el reportaje a Paseyro, en “Esprit” de diciembre de 1953, Michel Crozier, en un artículo que titula “Estancamiento francés”, se dirige a esa inteligencia sin ilusión que lee “Le Monde” y que no quiere que Francia muera”. Refiriéndose a las pretensiones de hegemonía universal que le endosa Paseyro, recuerda que “la inteligencia, por el momento todavía, tiene patrias”; que “pretender una inteligencia universal es un acto de fe extraordinariamente ingenuo. Eso se comprendía en las épocas de Descartes y de Voltaire, cuando todo el universo civilizado aceptaba las normas de nuestra cultura. Pero, en la situación actual, no se trata finalmente sino de una auto-mistificación bastante mezquina. Pretendemos ahogar nuestra desesperación en océanos de lucidez universal. (Y cuando aplicamos nuestras normas), ¿estamos seguros

que no permanecemos prisioneros de nuestras categorías lógicas nacionales”?

Respiremos, pues; no hay países “más inteligentes”, sino de inteligencia diferente; devolvamos la esperanza a nuestra desdeñada peculiaridad. Pero, ¡perdón!; dejemos que sean los mismos franceses quienes nos iluminen, como ahora corresponde al respecto.

¿El entusiasmo por los Rosenberg? Muy bien; pero, “seamos sinceros”. Las nobles actitudes ante la Embajada de los E.E. U.U. no borrarán nuestros propios crímenes, las masacres del Constantinois y de Madagascar, Haiphong, los horrores de la guerra de Indochina, Ferhat Hached, Casablanca. Ni siquiera podemos declarar en conciencia que hemos sabido desplegar tanta pasión en ocasión de esos atentados contra la justicia y la humanidad de los que éramos directamente responsables, como por este asunto que no nos incumbía. ¿Qué responderemos el día en que se nos diga: —Dejad al resto del mundo soportar el peso de sus crímenes y cargad con los vuestros que los tenéis en buena cantidad?”

Así opinan los franceses (los Crozier son legión) de su propio país, tan “profunda, tan eminentemente moral”, como creyó verlo con alegre prisa nuestro compatriota Paseyro.

¿Y qué opina Crozier de la artista-gracia redescubierta por Paseyro? “La inteligencia francesa gusta velar celosamente sobre la moda de los libros, de los sombreros, y de las maneras de hacer el amor y las revoluciones, pero su primacía no es tan fácilmente reconocida como antes”. Pero, ¿no son pues Picasso y compañía quienes orientan “el alma profunda de Francia”, incluso “su vida práctica”? “Recordemos la embriaguez de la Liberación —contesta Crozier— la poesía y la pintura abarcarían el mundo. Tan pocos años que han transcurrido y veamos los resultados: la vulgaridad del público de la Rose Rouge, Prévét, poeta oficial de la IV República, y Saint Germain des Prés, representando seriamente su papel de Pigalle de la élite”. Y no hablemos del “aspecto sórdido de la alianza tácita entre el arte y los millones”. Lejos de ser mentor o conductor, el arte de los mejores “es un incesante sarcasmo. Es acusación, destrucción, humor negro, masoquismo dehirante. Picasso, lejos de ser el líder de la sociedad francesa, “se afirma y se salva en la medida en que puede escapar a esa sociedad”. “Il se dérobe toujours”. “El arte de Picasso, como el de

Braque o el de Bazaine, o el de cualquiera de nuestros contemporáneos ¿es otra cosa que un oasis fuera del tiempo, un rincón de infancia donde refugiarse, una excusa para no vivir?" Paseyro, por una extraña omisión, vió a Picasso sólo como afirmación, y no como la réplica dramática que principalmente es; Paseyro se dejó seducir por la "crisis del orgullo" que, según Crozier y tantos otros, hace que la Francia de hoy se vaya desacompañando con su época, al persistir, en su más llamativa dimensión, cultivando especialidades artesanales aristocráticas, industrias y artes de lujo para una secta de espíritus pseudo-refinados. Entre estos selecciona Crozier a "esos hijos de familia burgueses que adoptan las posiciones más extremas en arte y en política para distinguirse de su medio; pero que, después de las inevitables vueltas de la existencia, terminan siempre por ser conocidos por lo que nunca habían dejado de ser (...): el mejor sostén de su clase".

Crozier exhorta, para terminar, a "aceptar sin pena nuestra declinación, lo que nos permitirá quizá adquirir el pudor necesario".

Nosotros, con esa "grave solemnidad, esa falta de humor y esa importancia de que se invisten tantos y tantos sudamericanos" (Paseyro dixit), nos resistimos, en atención a las "luces" recibidas, a toda clase de admiración masiva. No dejaremos de dar a Francia lo que es de Francia, como a Paseyro lo que es de Paseyro; pero reclamamos su cuota para el olvidado Uruguay. Humildad no significa ciego acatamiento a galas que suelen no quedarnos bien. Cierto que esas galas pueden procurar algunas facilidades rentables; pero no podemos creer que haya sido esa la intención de Paseyro ¡no podemos creer que, uniéndose al coro de los fatuos adoradores del "dernier cri", contribuya a reforzar su mendicante algarabía. Abona nuestra confianza alguna afirmación que deja filtrar al final de sus declaraciones: "para hacer una síntesis, se requiere poseer previamente los elementos a sintetizar, luego, elaborarlos". Su error es creer que podemos incorporarnos, sin más ni más, esos "elementos", importándolos de países en donde, a su vez, son resultado de síntesis y elaboraciones seculares. Esos "elementos" surgirán, si es que surgen, de una generosa inmersión en nuestra más entrañada realidad; la atención a lo ajeno, siempre necesaria, sólo puede ayudarnos a discernir mejor en ese magma indígena. Sí, es cierto: es indispensable "adquirir conciencia de nuestra inopia", pero no para

buscar una curación colgándonos al cuello la piedrita alcanforada de una cultura extraña, sino para cultivar con más esmero y con más amor nuestras indigencias. Muchas admiraciones incondicionales de productos foráneos más o menos indigeribles, nacen de un desapego por lo nuestro que, cuando no es aleve desamor, es, simplemente, impotencia consentida. La fidelidad, después de todo, tiene también su técnica.

En el otro extremo del espectro, encontramos quienes, como Eduardo Couture —de quien acaba de publicarse “La comarca y el mundo”— no vacilan en alzar entre sus manos reverentes, “ese algo imponderable y sutil” al que bautiza unciosamente “cultura uruguaya”. Couture declara no desear caer en panegíricos unilaterales; intenta recusar, conciencia en ristre, a toda clase de chauvinismo cándido y cegatón; pero a pesar suyo, o con secreta complacencia, sus opiniones rezuman un penetrante, adormecedor optimismo, optimismo que viene a heredar, en intención y empaque, a aquel otro que enderezara sus loas al socorrido blanco de “nuestras playas” y de “nuestras mujeres” o al de la impensable “Atenas del Plata” con que, en alguna dadivosa imaginación, se enriqueciera un día nuestro acervo geográfico.

Couture nos propone ahora el optimismo menos creíble aún de nuestros “gobernantes pobres”, de la seguridad, social y de la otra, conseguida nada menos que para “varias generaciones de uruguayos”, y de un sistema cuya “nota más clara” sería la “política del espíritu” que predominaría en nuestros procesos educacionales. Según el autor, “el Uruguay es un campo de ensayo de grandes conquistas sociales”, “da normalmente hombres que no conocen las sensualidades del lujo, pero que tampoco conocen las grandes miserias e indigencias” (!!) Nuestro país —según Couture— “sabe que sólo se puede salvar por el espíritu y por la disciplina de sus escasas energías” (“La Mañana; febrero 21/954). Reitera en “La comarca y el mundo” una increíble confianza en la “inteligencia bien desarrollada” del Uruguay (pese a “sus debilidades, de las que —dice con blanda indulgencia paternal— nadie está libre”), en “nuestros servicios públicos pertenecientes a la comunidad” (!!), y en la “cierta significación” que tiene este bienaventurado país para el asombrado extranjero.

Nosotros, que a veces renegamos de los misioneros de la desesperación, tan afectos a importar desesperaciones último modelo,

llegamos, ante esa exultante hipertrofia de la esperanza, a invocar aquel estimulante, por lo menos, pesimismo. Dejemos que sea Bernanos quien lo diga por nosotros (“La liberté pour quoi faire?”):

“Para estar prontos a esperar lo que no engaña, primero hay que desesperar de lo que engaña. ¡Y bien! Yo os invito a desesperar de vuestras ilusiones; pongo así la desesperación al servicio de la esperanza. Pedís remedios. ¿Para qué buscar juntos remedios a vuestros males, si no sabéis de que morís?”

“El optimismo es un ersatz de la esperanza, que puede encontrarse fácilmente en todos lados, hasta en el fondo de una botella. Pero la esperanza se conquista. No se va hasta la esperanza sino a través de la verdad, al precio de largos esfuerzos y de una larga paciencia. (...) La más alta forma de la esperanza, es la desesperación sobrepasada”.

Reconocemos en Couture la posibilidad —aunque demasiado relegada— de desesperarse ante lo desesperante. La comprobamos en las páginas 28, 29, 88, 142 y 143, en las que menciona la miseria denigrante del indio americano, nuestra democracia impuesta “de arriba a abajo”, nuestros partidos políticos erigidos en “instrumentos de administración”, el Estado conspirando contra la salud material y espiritual del pueblo (A.N.C.A.P. y quinielas), “el ablandamiento por el goce de los bienes materiales” y alguna otra minucia por el estilo.

Pero hubiera sido preferible no rozar siquiera esos temas, a tratarlos con tan liviana displicencia. No buscamos ser duros con quien, como Couture, goza de merecido aprecio por su abierta inteligencia y por su generosa cordialidad, a cuyo influjo no podemos quedar indiferentes; pero esas mismas virtudes tendrán que hacerle comprender nuestra resistencia ante toda simplificación abusiva de nuestros problemas, ante toda aderezada anestesia (el mismo Couture, sintomáticamente, habla alguna vez de la “ilusión” del arte), administrada a un mundo sobre el que gravitan tan inolvidables amenazas.

La fidelidad, en Couture, equivocó el procedimiento; y es que no alcanza a ser, la suya, fidelidad acendrada y vigilante; su a veces enternecida visión de la “comarca”, consigue consolarse demasiado pronto con las migajas de un ingrátido progresismo y de una concepción meramente acumulativa de la cultura.

Quienes, como Couture, confunden al Uruguay con su máscara más banal, o quienes, como Paseyro, buscan en Francia una versión esquisita de lo que debe buscarse, aunque a duras penas, entre nosotros, adolecen de la misma desatención a esa realidad circundante desde donde la divinidad nos incita con su alucinante misterio. Oblicuos y esquivos, los dioses moran allí donde la inquietud de nuestras manos y el fervor de nuestro yo despiertan en el fondo de los seres y de las cosas su más genuina promesa. En esa cálida convivencia, se define y depura nuestra realidad más sagrada. "Dios anda entre los pucheros" —decía Santa Teresa—; pero así como no es esa una razón para ponerse a adorar los pucheros ni a quienes se sirven de ellos, menos lo es para, decepcionados, ir a buscar a Dios lejos de ellos, es decir, lejos de nosotros.

Eliseo Salvador Porta, sintiendo en carne propia esa verdad, declaraba su necesidad de volver a su pueblo, porque sólo desde allí se sentía capaz de abarcar el universo; en todo otro lugar, siempre estaremos de paso, como Porta lo estuvo, durante veinticinco años, en Montevideo. El cumplimiento de nuestro destino supone la asunción irrestricta de la circunstancia en que vivimos; supone siempre una ascesis, una contracción vital, que no se deje tentar por las vanas e insustanciales conquistas de una libertad no comprometida; "quien no es fiel a si mismo y a su país —especifica Jaspers— no puede serlo a nadie". La entereza —integridad— de nuestra acción, es incompatible con un versátil donjuanismo, senil o pueril, que amenace distraernos de nuestros compromisos vitales ineludibles. Sólo aceptando la estrechez de nuestra condición, sólo asumiéndola sin subterfugios, sin buscar exaltarla rodeándonos de ilusiones postizas, podremos ir dando a nuestra vida el estilo que mejor la expresa, un desarrollo que no resulte incompatible con ninguna clase de promesas. No se nos ocurrirá entonces vanagloriarnos de una "madurez" de cuya índole no tenemos, ni podemos por ahora tener, ninguna noticia verosímil.